

---

**NAVARRA EN LA EUSKAL-ERRIA.**

---

**COLEGIATA Y RECUERDOS DE RONCESVALLES.**

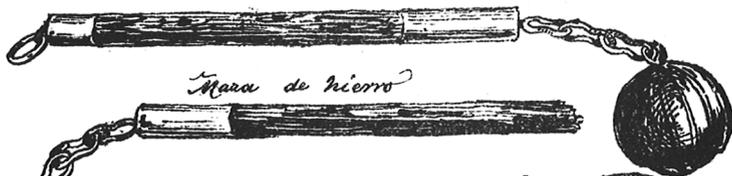
---

Ha sido para mí una sorpresa feliz la de que, al mismo tiempo que yo entresacaba de mis albums de estudiante los dibujos que v<sup>an</sup> á continuacion y copiaba mis impresiones de Roncesvalles, escritas en 1863, publicára el director de la EUSKAL-ERRIA el artículo que, acerca del histórico lugar y santuario de ese nombre, escribió el dulcísimo é incomparable Gustavo A. de Becquer, el más inspirado de nuestros literatos contemporáneos. Retiro, pues, mis renglones desaliñados ante la verdadera y poética descripción del autor de las *Rimas*, y me limito á enviar á mi querido amigo Manterola los ligeros perfiles que tracé en aquellos solitarios parajes del Pirineo navarro.

La vista de la Colegiata está tomada desde el N., al pié de la famosa cuesta de Ibañeta, por cuyo fondo se abre, entre las hayas, el cauce de un arroyo que marca la angostura donde debió darse la batalla, inmortalizada en los romances y en el canto euskaro de *Altabiscar*. De aquel titánico combate se conservan, como recuerdo, en la sacristía del templo, dos mazas: una de bronce con aristas salientes, cadena y cabos del mismo metal; otra más tosca, de hierro, y un par de zapatos-sandalias de terciopelo rojo oscuro y ancha suela, que dicen pertenecieron al arzobispo Turpin, capellan de Carlo-Magno. Guardóse también durante algunos siglos una espada notable, que fué un día robada por los franceses. Además de la memoria de aquella jornada inolvidable, conserva Roncesvalles otra no menos grande: la de la batalla de las Navas de Tolosa, que dió á Navarra los gloriosos timbres de su escudo. En la humilde Colegiata yace enterrado el animoso rey navarro Sancho el Fuerte, que rompió en el combate de 1212 las cadenas que cercaban la tienda de Miramolin, y en señal de cuyo hecho se orló y cruzó de cadenas el antiguo escudo rojo del reino. Arrodillado al lado de su esposa D.<sup>a</sup> Clemencia se le vé en estatua, en su rico panteon, á los lados del cual penden dos largos trozos de gruesa y ruda cadena, de la misma que se cogió en el cam-



*Maza de bronce*



*Maza de hierro*

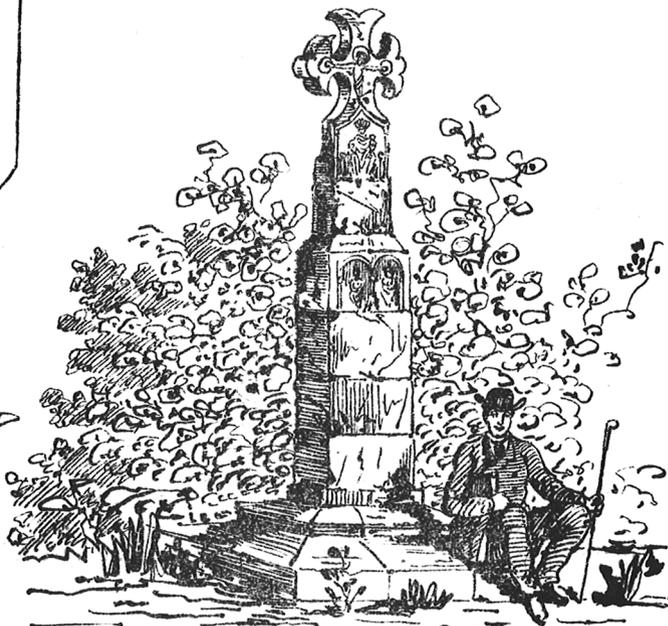
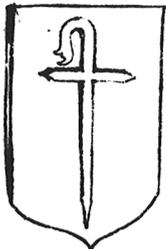


*Sandalias del arzobispo Turpin*

*Cadenas de las Nevas de Tolosa.*



*Cruz-espada, distintivo de los canónigos de Roncesvalles.*



*A. Bocarro*

*Cruz de los Peregrinos, en el camino del pueblo.*

po de batalla: una de las reliquias más gloriosas que guarda España de su belicoso pasado.

¡Con qué entusiasmo de chico admiré yo aquellos tesoros históricos, cuando mi padre me llevó, hace diez y ocho años, á recorrer las montañas de Navarra! Fué él mi guía y mi maestro en la historia y en las ciencias, y al llegar la época en que había de recibir el grado de bachiller, me ofreció, como recompensa, si salía airoso en los ejercicios, un viaje á Roncesvalles y al Roncal.

—Verás, me decía, el campo de batalla, la capilla gótico-bizantina de Sancti-Espíritus, las mazas de Roldan, el sepulcro del hijo de Sancho el Sábio, fundador de Vitoria, las cadenas de las Navas, un manto bordado por Santa Isabel de Portugal, las cimas de Ibañeta y de Altabiscar, la fábrica de Orbaiceta, los pintorescos paisajes de Jaurrieta y del valle de Salazar, la pátria de Pedro Navarro, la frontera de Aragon y los risueños valles de Navascues, de Romanzado y del Urraul bajo.

Ante tan seductor ofrecimiento saqué fuerzas de flaqueza, y envié á mi padre, como obsequio, las dos medallas de oro de los dos premios extraordinarios del bachillerato. Me recibió con los brazos abiertos en Pamplona, me compró un album en blanco, una caja para los minerales y plantas que habíamos de recoger y unos gemelos de campaña. Después de un largo descanso en Aoiz, donde mi padre mandaba la Guardia civil, emprendemos á caballo la expedición, que duró veinte días. A la vista de Roncesvalles no pude, ni supe sentir y escribir como el insigne Gustavo Becquer. Lo hice á mi modo, y con mi incorrecto lápiz de estudiante tracé los cróquis que hoy se publican de nuevo.

Después de trascurridos los años parece que crece en mi memoria el interés que aquella visita causó en mis aficiones de chico. A la grandeza de los recuerdos históricos que allí se evocan, á la verdad de la inspiración poética que allí se siente, y que tan bien espresó el tierno vate meridional, se unen siempre en mis recuerdos de Roncesvalles los de aquel modesto y entendido militar, el amigo simpático de los montañeses de Burguete, Roncal y Burgui, el naturalista práctico, el erudito y estudioso soldado, mi pobre padre, á quien debo todas mis aficiones y todo lo poco que en mi carrera he aprendido y he llegado á hacer.